

[Este texto apareció en versión impresa en: G. Bravo - R. González Salinero (eds.), *La corrupción en el mundo romano*, Madrid, Signifer, 2008, 249-263. Esta versión digital se ha realizado por iniciativa y cortesía del autor, como parte de su *Obra Completa* y bajo su supervisión].

© José María Blázquez Martínez

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

## El soborno en la iglesia antigua

José María Blázquez Martínez  
(Real Academia de la Historia)

La compra de cargos y el soborno fueron los grandes cánceres de la Tarda Antigüedad. Uno de los mejores especialistas en este período, A. H. M. Jones <sup>1</sup>, insiste repetidas veces en este aspecto de la sociedad. La Iglesia cristiana participaba igualmente de esta lacra. Se examinan en el presente trabajo tan sólo varios casos realmente escandalosos de sobornos.

### Los sobornos de Dámaso, obispo de Roma

Dámaso <sup>2</sup>, de origen hispano, ha sido uno de los obispos de Roma con más ansias de poder y falta de escrúpulos a la hora de obtener sus pretensiones.

Amiano Marcelino, el último gran historiador de Roma, pagano, amigo de Juliano, de gran ecuanimidad por no importarle el asunto, describe los feroces y sangrientos encuentros de unos aspirantes al episcopado de Roma por el poder, aunque la antigua capital del Imperio, no tenía poder universal sobre las otras Iglesias, puesto que, como afirma Agustín, todos los obispos eran iguales y sobre ellos sólo estaba el concilio, con poder de legislar a todas ellas. Roma disfrutaba de una primacía de honor, no de jurisdicción. Su obispo era el primero entre los iguales.

Amiano Marcelino describe las luchas en 360 entre Dámaso y Ursino, que dieron lugar a la elección de dos obispos, a grandes matanzas de 137 fieles en la Basílica de Sicinio (Amm. Marc., 27, 3, 11 -15), y a varios casos escandalosos de soborno por parte de Dámaso.

Las *Gesta inter Liberium et Felicem* <sup>3</sup> constituyen el documento que ofrece mejor información sobre los sucesos sangrientos acaecidos con ocasión de la elección de Dámaso y de Ursino. Dámaso salió vencedor por el apoyo imperial. Aunque la versión de las *Gesta* es descaradamente favorable a Ursino, la investigación moderna está de acuerdo en que las *Gesta* son un documento de valor histórico. Dámaso, para obtener el triunfo, acudió al soborno. El clero, reunido, pidió como obispo sucesor de Félix, que había muerto el 22 de noviembre de 365, a Dámaso, mientras que Ursino fue consagrado a su vez por el obispo Pablo, obispo de Tivoli. Hubo, pues, dos obispos a la vez en Roma. El texto continúa así:

---

<sup>1</sup> *The Later Roman Empire, 284-602*, Oxford, 1964 (2 vols.); R. Teja, *Organización económica y social de Capadocia en el siglo IV según los Padres capadocios*. Salamanca, 1974, pp. 189-196. R. Soraci (ed.), *Corruzione, repressione e rivolta morale nella tarda antichità*, Catania, 1999.

<sup>2</sup> J. Guijón, «L'episcopato di Dámaso (366-384)», en Ch. y L. Petri (eds.), *Storia del cristianesimo. Religione-Politica-Cultura. La nascita di una cristianità*, Roma, 2000, pp. 729-740.

<sup>3</sup> R. Teja, *El Cristianismo primitivo en la sociedad romana*, Madrid, 1990, pp. 188-191.

[...] Cuando Dámaso, que siempre había ambicionado el episcopado, se enteró de esto reúne a sueldo a todos los cocheros de cuadrigas y a la plebe inculta y armado con bastones irrumpe en la basílica de Julio y durante tres días se entrega a una desenfundada matanza de fieles. Siete días después, acompañado de todos los perjuros y de gladiadores que había comprado con grandes sumas de dinero, ocupó la basílica de Letrán y fue ordenado allí obispo. Sobornando al juez de la Urbe, Vivencio, y al prefecto de la Annona Juliano, logró que Ursino, varón venerable, que había sido ordenado obispo con antelación, fuese enviado al exilio junto con Amancio y Lupo. Después de esto, comenzó Dámaso a reducir con bastonazos y matanzas de todo tipo a la plebe romana que no quería entregarse. Se esfuerza también por expulsar de la Urbe a siete presbíteros que habían sido detenidos por la autoridad. Pero el pueblo fiel, saliendo al encuentro, rescató a estos presbíteros y los llevó sin demora a la basílica de Liberio. Entonces Dámaso reúne mediante perfidias a los gladiadores, a los cocheros de cuadrigas y a los enterradores y a todo el clero con hachas, espadas y bastones y pone sitio a la basílica en la segunda hora del día 26 de octubre durante el consulado de Graciano y Dagalaiso (366) y provocó una gran batalla. Forzaba y prendía fuego a las puertas para encontrar la manera de irrumpir dentro. Por su parte, algunos de sus acompañantes, tras destruir el techo de la basílica, hacían perecer arrojándoles tejas al pueblo fiel. Después todos los damasianos irrumpieron en el interior de la basílica y mataron a 160 de la plebe, tanto hombres como mujeres, e hirieron también a muchísimos otros, muchos de los cuales murieron. Por el contrario, del partido de Dámaso no murió ninguno. Tres días después, la plebe santa se reunió y comenzó a recitar contra él las palabras del Señor, diciendo: «No temáis a aquéllos que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma». Cantaba también los Salmos, diciendo: «Dieron los cadáveres de tus siervos por pasto a las aves del cielo, y la carne de tus santos a las fieras de la tierra. Derramaron como agua su sangre en los alrededores de Jerusalén, sin que hubiese quien les diera sepultura» (*Salmo 78*).

Así pues, se reunía la plebe en la basílica de Liberio y clamaba diciendo: «Cristiano emperador, no se te oculta nada. Que vengan a Roma todos los obispos; que se abra una investigación; Dámaso ha causado ya cinco guerras; fuera los homicidas de la sede de Pedro». Así pues, el pueblo de Dios solicitaba con súplicas insistentes que se reuniesen los obispos para que, mediante una justa sentencia, expulsasen a éste, manchado con tanta impiedad, que era famoso porque las matronas le amaban tanto que era llamado escarbarejas de las matronas. Así pues las voces de la plebe llegaron al emperador Valentiniano, quien conmovido en su piedad permitió el retorno de los exiliados. Entonces Ursino, junto con los diáconos Amando y Lupo, volvió de la Urbe el 15 de septiembre durante el consulado de Lupicino y Jovino (367). La plebe santa salió a su encuentro con alegría. Pero Dámaso, consciente como era de tantos crímenes, agitado de grandes temores, sobornó a todo el palacio imperial para que sus acciones no llegasen a conocimiento del emperador. El emperador, desconocedor de lo que Dámaso había hecho, promulga un edicto para que, manteniéndose a Ursino en el exilio, no se produzcan el lo sucesivo nuevos enfrentamientos funestos entre el pueblo. Entonces el obispo Ursino, varón santo y sin pecado, tras consultar a la plebe, se entregó en manos de los malvados y el 16 de noviembre, por mandato del emperador, se encaminó espontáneamente al exilio. Pero el pueblo, temeroso de Dios y que no cedía a ningún tipo de persecuciones, no tuvo temor del emperador, ni del juez (el prefecto de la ciudad), ni del mismo autor de los crímenes, el homicida Dámaso, y en los cementerios de los mártires celebraba reuniones sin la presencia de clérigos. Por ello, habiéndose reunido muchos fieles en Santa Inés, Dámaso irrumpió armado con sus satélites y acabó con muchos mediante una matanza devastadora. Este crudelísimo hecho desagradó mucho a los obispos de Italia. A éstos los invitó solemnemente a la fiesta de su aniversario y acudieron algunos de ellos, a los que pidió con súplicas y dinero que emitiesen una condena contra el santo Ursino. Ellos respondieron: «nosotros hemos venido a un aniversario, no a condenar a una persona sin escu-

charla». De este modo su malvado proyecto no alcanzó el efecto que deseaba (traducción de R. Teja).

En las *Gesta* hay varios casos de compra y de soborno por parte de Dámaso:

1) Reunió a sueldo a todos los cocheros de las cuadrigas del circo, a la plebe y a los gladiadores, a los que compró con grandes sumas de dinero. Era fundamental en la lucha contar con los gladiadores, puesto que eran los únicos que tenían armas en Roma.

2) Sobornó al juez de Roma, de nombre Vivencio, y al prefecto de Annona, Juliano. Los sobornaría con grandes cantidades de dinero, pues desempeñaban dos grandes magistraturas de la ciudad y no los compraría por poco precio. Con estos dos sobornos pretendía que estos magistrados exilaran de Roma a Ursino, que había sido consagrado obispo de la ciudad antes que Dámaso. Pero también compró a sueldo a los enterradores.

3) Sobornó a todo el palacio imperial, sin duda e igualmente, con grandes cantidades de dinero, para que sus crímenes no llegaran a oídos del emperador que, desconocedor de los crímenes de Dámaso, desterró a Ursino.

Finalmente, como el pueblo no cediese ni ante el emperador, ante el juez, ni el prefecto de Roma, y Dámaso asesinase a muchos fieles reunidos en Santa Inés —lo que desagradó mucho a los obispos de Italia—, Dámaso intentó que los obispos condenasen a Ursino, para lo que repartió mucho dinero, es decir, intentó comprar y sobornar con dinero a muchos obispos, pero no logró su propósito.

Esta narración de las *Gesta* describe la lucha de Dámaso y Ursino por el episcopado de Roma. Dámaso compró con grandes cantidades de dinero a los aurigas, a la plebe, a los gladiadores, a los sepultureros, y lo intentó con los obispos de Italia. Sobornó al juez y al prefecto de la Annona y a toda la corte imperial. Lo más criminal de la actuación de Dámaso son las repetidas matanzas que la gente comprada por él hizo en las iglesias. No se respetó el derecho a asilo en lugar sagrado.

### Los regalos y los donatistas

La Iglesia donatista <sup>4</sup> era la heredera de la Iglesia de Cipriano, pero encontró una fuerte oposición en Agustín. Los obispos africanos regalaron un lote grande de caballos númerados, que eran muy famosos, a los altos cargos militares de Italia, para que presionaran al obispo de Roma para que condenara a los donatistas. Se trataba de un regalo único. Siempre se regalaba dinero y objetos de gran valor, como joyas, vestidos, etc..., pero no caballos.

### Sobornos de Agustín contra los Pelagianos

Agustín luchó encarnizadamente contra Pelagio. Alipio, amigo íntimo del obispo de Hipona <sup>5</sup>, llevó a Italia la promesa de ochenta sementales criados en las fincas de la Iglesia, como regalos para los oficiales de caballería, cuyas opiniones sobre la gracia resultaron decisivas en la lucha contra Pelagio (*Op. Imp.*, 1,42).

### Melania la Joven

Es una de las mujeres ascetas más fascinantes de la Tarda Antigüedad (383-439), conocida gracias a la vida que escribió Geroncio <sup>6</sup>, que la acompañó en vida. Era de

<sup>4</sup> Ch. Petri, «Le vicende della chiesa donatista», en Ch. y L. Petri (eds.), *op. cit.*, pp. 414-428.

<sup>5</sup> P. Brown, *Agustín de Hipona*, Madrid, 2001 (= London, 1967, 2000?), pp. 367-390.

<sup>6</sup> D. Gorge, *Vie de Sainie Mélanie*, París, 1964; J. M.<sup>a</sup> Blázquez, *Intelectuales, ascetas y demonios al final de la Antigüedad*, Madrid, 1998, pp. 288-344, 366-388, 559-560; A. Giardina, «Melania, la santa», en

procedencia hispana y poseía uno de los capitales más fuertes del Imperio en su tiempo, pues tenía unos ingresos de 12.000 miríadas de libras de oro y posesiones en Hispania, Campania, Sicilia, África, Mauritania, Britannia y otros países (Ger., VM. 11).

Cuando determinó dedicarse al ascetismo y vender sus fincas, la ley prohibía que salieran de la familia. Encontró la oposición de Sereno, hermano de su esposo Piniano (Ger., VM. 10), que pretendía que pasaran a él todos los bienes numerosos e importantes, y de su padre, Publicola, que pensó apoderarse de sus bienes y repartirlos entre sus otros hijos, es decir, planeaba desheredarla (Gen, VM. 12). Los parientes, que eran de rango senatorial, conspiraron también para apoderarse de los bienes y enriquecerse con ellos. Melania acudió a la emperatriz Serena, ofreciéndola, así como a los chambelanes y a los eunucos de la corte, valiosos regalos. La emperatriz aconsejó a su esposo, el emperador Honorio, para que decretase que, en cada provincia, sus bienes fueran vendidos bajo la responsabilidad de los gobernadores y de los magistrados, y que el dinero de la venta le fuera remitido a Melania.

Gerencio (VM. 11-12) escribe que, habiendo tomado joyas de gran precio y vasos de cristal para hacer un regalo a la emperatriz, y además adornos que consistían en anillos, objetos de plata y vestidos de seda para ofrecerlos a los eunucos y a los cubicularios y chambelanes, Melania se presentó en palacio. En agradecimiento a la orden del emperador, envió joyas preciosas y vasos de cristal a los soberanos, diciendo que aceptarían de su parte estos modestos regalos. Gerencio termina la narración de la visita de Melania la Joven a la emperatriz, afirmando que ningún senador podría comprar la casa de Piniano, y, por su gran valor, se la ofreció a la emperatriz por medio de los obispos para que la comprara, a lo que se negó. Solicitó de la emperatriz que aceptara, al menos, unas esculturas muy preciosas (se desconocen cuáles eran). La casa no se pudo vender. Se encontraba situada sobre el Coelius, donde después se levantó el convento de San Erasmo, cerca de San Esteban. Estaba próxima a otras mansiones de familias de la aristocracia romana, como Pammaquio <sup>7</sup>, Byzantium y los Anicios <sup>8</sup>. La mansión ardió con ocasión del saqueo de Roma por Alarico en 410.

Las casas de la alta aristocracia de Roma y de Constantinopla eran verdaderos museos. El palacio de Lausus, en Constantinopla, guardaba la colosal imagen de Zeus, esculpida por Fidias para el templo de Zeus en Olimpia, poco después de su terminación en 460 a. C., y la Afrodita de Cnidos, sedente, de marfil, con ropajes de oro, que ocupaba un tercio del santuario, patrona de la navegación, obra de Praxíteles (392-330 a. C), que era una escultura de culto en su templo de Knidos. Estaba esculpida en mármol de Paros y se la representaba desnuda, a punto de bañarse. El desnudo, tan usado en el arte en fecha posterior, parece ser una tradición de Knidos. Todas estas esculturas desaparecieron en el incendio de Constantinopla en tiempos de los emperadores León y Basilisco.

Los romanos, desde finales de la República Romana, 195 a. C., fecha en que se pusieron en contacto con Grecia, fueron unos grandes coleccionistas de obras de arte, y saquearon Grecia <sup>9</sup>. Estas esculturas, de las cuales muchas eran imágenes religiosas o procedían de templos paganos cerrados, en la Tarda Antigüedad habían perdido su carácter religioso y eran sencillamente decorativas. Este criterio lo expresó magnífica-

A. Fraschetti (ed.), *Roma al femminile*, Roma/Bari, 1996, pp. 259-285; A. Clark, *The Life of Melania the Younger*, New York, 1984.

<sup>7</sup> A. H. M. Jones y J. R. Martindale, *The Prosopography of the Later Roman Empire*, Cambridge, 1971, p. 663.

<sup>8</sup> A. H. M. Jones y J. R. Martindale, *op. cit.*, pp. 67-68.

<sup>9</sup> A. García y Bellido, *Arte Romano*, Madrid, 1972, pp. 41-43, 114-121.

mente Prudencio a finales del siglo IV, cuando, en el *Contra Symmachum* (I, 503-505), escribió: «lavad, magnates, esos mármoles manchados de podrida sangre. Permitido sea que las estatuas, obras de grandes artistas, se alcen puras, que ellas lleguen a ser bellísimos ornatos de nuestra patria y que una mala usanza, sin ya color alguno, no mancille los monumentos de arte tornando otra vez al pecado» (traducción de A. Ortega).

Los regalos de Melania a la emperatriz y al personal de la corte imperial, aunque eran frecuentes en la época, suponían una especie de soborno camuflado o de compra, para alcanzar el fin de la entrevista, es decir, que el emperador ordenara poder vender las fincas de Melania.

Geroncio menciona entre los dones que ofreció a la emperatriz, adornos que serían pulseras, pendientes o collares, fíbulas, coronas para el cabello de gran precio, de las que se conoce una gran cantidad y variedad, que inundan las colecciones particulares y los museos de todo el mundo<sup>10</sup>. En una pintura guardada en la catedral de Tréveris, una dama ricamente adornada con varios collares sostiene un cofre lleno de joyas, del que saca un collar de gruesas perlas. Precisamente el mejor poeta cristiano contemporáneo de Melania la Joven, el hispano Prudencio, en su poema *Hamartigenia*, 259-277, describe fabulosamente bien el lujo de los adornos de las damas en los siguientes versos:

De ahí nace la cosecha de los crímenes y la raíz única de los males cuando el lujo del ornato, medianero seductor del pudor quebrantable, pasa por la criba todas las aguas de los ríos y los metales ocultos, cuando la ambición absurda escudriña las venas de la tierra sucia, escarbando las profundidades de la naturaleza oculta por sí, al excavar, encuentra acaso en sus minas las piedras brillantes. Porque la mujer, insatisfecha de su natural encanto, finge una externa hermosura, como si la mano del Señor, su artífice, le hubiese dado un rostro inacabado que exija todavía otra cosa alguna, ora sea embellecerlo en su altiva frente coronada de engastadas amatistas, ora ceñir su cándido cuello de collares fulgurantes, ora colgar en sus cargadas orejas pendientes de verdes esmeraldas. En sus cabellos relucientes de perfume prende la blanca perla de las conchas marinas y con cadenas de oro quedan sujetos los bucles de su cabellera. Asco da detallar las sacrílegas desazones de las matronas que tiñen de afeites la obra engalanada con los dones de Dios, de forma que el cutis, manchado de colorines, pierde su natural aspecto y se hace irreconocible por sus falseados colores (trad. A. Ortega).

El ataque al lujo de las damas era antiguo en los escritores latinos. Baste recordar el ataque de Lucrecio (98-55 a. C.) al lujo escandaloso de las mujeres (versos 1125-1132 y 1423-1429), cuyo libro *De natura rerum* sigue al pie de la letra al fundador del epicureísmo (341 -270 a. C.), y fue traducido por Cicerón (106-43 a. C.).

Después de los adornos, Geroncio menciona los vasos de cristal. Sobre los objetos de vidrio y su calidad en el Bajo Imperio, uno de los mejores especialistas del siglo XX, A. Grabar, escribe: «Es ínfimo el número de objetos de vidrio, con decoración de figuras o de motivos diversos, que pueden atribuirse a los últimos siglos de la Antigüedad. Existen, en el Tesoro de San Marcos, en Venecia, dos notables cubitos, de vidrio ligeramente colorido, cuyos motivos figurativos, más opacos, representan escenas de caza y escenas dionisiacas. En Colonia, hay una copa que está dotada de bustos-retratos, los cuales serían los de los hijos de Constantino. Además de esto, en otras piezas, en las que las imágenes monocromas se han obtenido haciendo unas muescas en la pared del objeto, los asuntos son cristianos. Y lo mismo ocurre, por ejemplo, en el cáliz eucarístico

<sup>10</sup> M. C. Ross *et alii*, «Objects from Daily Life», en K. Weitzmann, *Age of Spirituality: Late Antioque and Early Christian Art. Third to Seventh Century. Catalogue of the Exhibition at Metropolitan Museum of Art*, Princeton, 1979, pp. 297-329.

de la colección Dumbarton Oaks, de origen palestino, que reproduce el santo sepulcro, y en ese otro cáliz, que tiene una imagen de los santos Pedro y Juan, como pescadores, y que ha sido encontrado recientemente en Túnez»<sup>11</sup>.

A. García y Bellido<sup>12</sup> ha insistido en la calidad de los vasos de vidrio del Bajo Imperio como uno de los aspectos más impresionantes del arte de la Tarda Antigüedad, recordando el cuenco de vidrio, en la actualidad en Berlín, decorado con escenas gladiatorias; el vaso de Hohensülzen, en el Museo de Maguncia, o las diatretas de Hohensülzen, también en el citado Museo de Maguncia; de Tiermes (Soria), hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid; de Colonia-Braunesfeld, en la actualidad en el Römisch-Germanisches Museum de Colonia, o el cuenco de vidrio con escenas de cacerías de jabalí (el cazador alancea a la fiera, a pie, ayudado por sus perros). Las escenas de cacerías son muy frecuentes en estos cuencos de Colonia; o el cuenco con cuadrigas corriendo en el circo, guardado en el mismo museo, o el fondo de vidrio decorado con los Apóstoles Juan y Pedro como pescadores, hallado en Cartago, hoy en el Museo de Bardo, Túnez; o uno de los vasos de vidrio de Begram, con escenas de la Guerra de Troya, o las botellas y jarros de todo tipo de formas con decoración acordonada. Los centros productores de estos vidrios debían de ser varios. Uno era Colonia, pero no parece que sobrepasara mucho los comienzos del siglo IV. Los vasos de vidrio de Begram procederían de Siria o de Alejandría<sup>13</sup>.

Los objetos de plata deben de ser fuentes, platos, tazas, jarros y joyeros, de los que también se conocen bastantes piezas. Baste recordar el *lanx* de Cambridge, hoy en el Museo Británico de Londres, decorado con Artemis dispuesta a salir a cazar, con un altar, con Atenea, con dama mirando a Artemis y con Leto sentada mirando a Apolo de pie delante de un templo<sup>14</sup>. El tesoro de Mildenhall, sopera, bandejas con temas báquicos, gran bandeja decorada con figuras báquicas, Dionisos, Hércules ebrio sostenido por sátiros y Pan, acompañados por Ménades danzando y sátiros. Esta pieza mide 60,5 cm de diámetro, con gran cabeza de Océano en el centro<sup>15</sup>; bandeja de plata con Artemis cabalgando un ciervo, en la actualidad en Berlín<sup>16</sup>; cuencos, platos de pescado, platos grandes de todo tipo, bandeja de Ariadna, plato con puerto de mar, plato de Aquiles, del tesoro de Kaiser Augst<sup>17</sup>; vajillas romanas de plata halladas en las provincias galas y germanas<sup>18</sup>, etc. En este grupo de objetos de plata entran los cofres, como el hallado en Roma, fechado en la mitad del siglo IV, decorado con las Musas<sup>19</sup>. El más famoso es el de los esposos Secundus y Proiecta, descubierto en Roma a finales del siglo XVIII. El servicio nupcial estaba compuesto por otras muchas piezas. Se fecha entre los años 379 y 383, porque el obispo de Roma, Dámaso, compuso en 384 la inscripción funeraria en Roma por la joven esposa difunta. En la tapa del cofre, repujado en hoja de plata, estaban representados los bustos de los dos esposos dentro de una corona de hojas sostenida por dos erotes. En el frontal, Venus desnuda, sentada en una concha, se peina mirándose

<sup>11</sup> *La Edad de Oro de Justiniano. Desde la muerte de Teodosio hasta el Islam*, Madrid, 1966, figuras 376-378.

<sup>12</sup> A. García y Bellido, *op. cit.*, pp. 808-817, figs. 1381-1390.

<sup>13</sup> A. García y Bellido, *op. cit.*, pp. 776-779, figs. 1315-1320.

<sup>14</sup> K. J. S., en K. Weitzmann, *op. cit.*, pp. 132-133.

<sup>15</sup> K. J. S., en K. Weitzmann, *op. cit.*, pp. 151-152.

<sup>16</sup> K. J. S., en K. Weitzmann, *op. cit.*, pp. 133-134.

<sup>17</sup> A. Kauffmann-Heinimann, A. R. Furger, *Der Silberschatz von Kaiser Augst*, Augst, 1984; M. Martin, *Römer-Museum und Römerhaus Augst*, Augst, 1987, pp. 118-123.

<sup>18</sup> F. Baratte, *Römische Silbergeschin in des gallischen und germanischen Provinzen*, Aalen, 1984. Es fundamental, A. Cameron *et alii*, *L'Argenterie romaine de l'Antiquité*, Paris, 1997.

<sup>19</sup> K. J. S., en K. Weitzmann, *op. cit.*, pp. 329-330.

en un espejo, sostenida la concha por jóvenes Tritones que cabalgan Amorcillos que ofrecen ofrendas. A los lados, Nereidas y Tritones montan monstruos marinos. En el lado posterior se representa la entrada de la recién desposada en el palacio, acompañada de gentes que llevan presentes. En el borde inferior se encuentra la inscripción. En el cuerpo del cofre, en el centro, entre dos arcadas a cada lado, se sienta la esposa, que se dispone a hacerse el tocado entre dos sirvientas que traen un estuche y un espejo. Dos pavos reales en las esquinas complementan el conjunto. En los laterales y en la parte posterior, otras sirvientas transportan lámparas y diferentes objetos. Esta iconografía es frecuente en los talleres orientales, y proceden de Antioquía o de Constantinopla. La inscripción es cristiana: «Secundus y Proiecta, que podáis vivir en Cristo», pero los temas, muchos de ellos son paganos. Esta mezcla de elementos cristianos y paganos demuestra que son meramente decorativos y es muy típico de la alta sociedad romana de esta época. En Roma hay muchos ejemplos de esta coexistencia de elementos paganos y cristianos, como en las pinturas de la Catacumba de Vía Latina<sup>20</sup>. La composición de la toilette de Venus sentada dentro de la concha sostenida por Tritones, es frecuente en los mosaicos del África Proconsular, como en pavimentos de Sétif, la antigua Sitifis, hallado en los Pequeños Baños, del siglo IV o de los comienzos del siglo siguiente<sup>21</sup>; también en Cartago, de la misma fecha<sup>22</sup> y de Djemil, la antigua Cuicul, Casa del Asno, también de la misma época<sup>23</sup>.

El mejor comentario iconográfico a las joyas que ofrece Melania la Joven a la emperatriz, es el que se puede hacer sobre algunas damas representadas en pinturas y mosaicos, además de la ya mencionada dama del sofiteo del aula del Palacio de Elena, en Tréveris, con cofre repleto de joyas, más las que ella misma las llevaba encima<sup>24</sup>. Las tres damas cristianas del *Coemeterium Maius*, limeta del arcosolio de la cámara 5; del cementerio de Calixto, Dionysas, en la cripta de los Cinco Santos y la orante del cementerio de Trasone, todas en Roma. Para los brazaletes y collares<sup>25</sup>, disponemos de las Nereidas de Piazza Armerina, de los años 310-330<sup>26</sup>. En la Hispania del Bajo Imperio ha aparecido un mosaico en Noheda, Cuenca, con el mito de la boda de Attis con la hija del rey de Pessinonte, que es el mejor comentario gráfico a las joyas que puede llevar una dama de la alta sociedad romana. La esposa va adornada con collares de piedras

<sup>20</sup> A. Ferma, *Caiacornbe sconosciute. Una pinacoteca del IV secolo sotto la Via Latina*, Florencia, 1990.

<sup>21</sup> K. M. D. Dunbabin, *The Mosaics of Roman North Africa Studies in Iconography and Patronage*, Oxford, 1978, pp. 32, 156, lámina 149. S. Lancel, *L'Algerie Antique. De Massimissa a Saint Augustin*, Paris, 2003, pp. 184-185.

<sup>22</sup> K. M. D. Dunbabin, *op. cit.*, pp. 156-158, lám. 150.

<sup>23</sup> K. M. D. Dunbabin, *op. cit.*, pp. 43, 134, 156, lámina 151; S. Lancel, *op. cit.*, p. 186; También en el mosaico de Shahba-Philippopolis, de mitad del siglo III (J. Balty, *Mosaïques antiques de Syrie*, Bruselas, 1977, pp. 20-21).

<sup>24</sup> W. Dorigo, *Pittura tardorromana*, Milán, 1966, p. 203, fig. 159.

<sup>25</sup> W. Dorigo, *op. cit.*, pp. 208-210, 222, láminas XXI-XXIII.

<sup>26</sup> W. Dorigo, *op. cit.*, p. 156, figs. 122-123. Para coronas, véase: G. López Monteagudo, «Personificaciones alegóricas en mosaicos del Oriente y de Hispania: la representación del concepto abstracto», *Antigüedad y Cristianismo*, XIV, 1997, pp. 335-361; Afrodita en las bodas de Ares y Afrodita, de Shahba Philippopolis; Chresis en la Casa del Triunfo de Dionisos, en Antioquia; Casa de Ktisis, Casa de Ge y las Estaciones, en Antioquia; Dynamis y Evandria en el mosaico de las Estaciones del Museo del Louvre; Ktisis, en la Casa de Eustolios de Kourion; Ananeosis, en Antioquia; Sotheria del Baño de Apolausis, de Antioquia; Apolausis de Argos; Megalopsychia de Antioquia, y Euphronesis de Kamisha. Las coronas son variadas y lujosas. Las personificaciones llevan igualmente collares. Los ejemplos se podrían multiplicar, como los de Krisis y Kanos, en la Casa de Aión de Nea Paphos (Chipre); Dionysos y Ariadna, en las Bodas de Shahba Philippopolis; Armerinnia, en su tumba de Antioquia, y Tyche y Bios, en la Casa de Dionysos borracho de Antioquia.

preciosas, con un broche ancho redondo a la cintura y con cintas de perlas en el pelo, peinado, y con pendientes en las orejas. Las tres sirvientas que la acompañan ciñen el cuello con collares. Una lleva un cofre, posiblemente con joyas<sup>27</sup>. El mismo mito se repite en la villa de Arellano, Navarra. La esposa y su dama acompañante llevan lujosos collares y pulseras<sup>28</sup>, al igual que en otro mosaico de esta misma villa con el mito de la partida para la caza de Adonis. Las dos damas llevan, igualmente, valiosas joyas al cuello y en las muñecas<sup>29</sup>.

Los vestidos de seda podrían referirse a mantillas, que cubren la cabeza de las damas mencionadas en el Cementerio de Trasone o en el mosaico de Noheda, pero más probable es que sean trajes de seda pintados y con figuras en colores. De ellos habla Paulino de Nola, como el que viste la citada dama del cementerio de Trasone.

Olimpiade, la patricia de Constantinopla vinculada a Juan Crisóstomo (Pall., *HL*, LXI, 156), regaló sus bellos tisús de seda a las sacristías de la Iglesia para adornar las iglesias. Jerónimo (*Ep.*, LX, 12) alaba a Nepociano por preocuparse de los cortinones de las puertas.

Prudencio (*Hamart.*, 285-298) menciona el lujo escandaloso de los vestidos de seda llegados de Oriente, y por lo tanto exóticos, decorados con figuras. El poeta se refiere a los trajes de los hombres, pero serían parecidos los de las mujeres. Dice así:

Buscan las más refinadas vanidades con que puedan embellecerse para enervar livianos su natural virilidad. Se gozan de tomar ondulantes vestidos no de lana de las ovejas, sino de los textiles vegetales (sedas) importadas del Oriente, y de cubrir con telas brocadas sus robustos cuerpos. A esto se añade el arte para que los hilos teñidos en la cocción de hierbas compongan variadas figuras de fantasía con sus hebras diversas. Como quiera que sea el vellón de animal suavísimo al tacto, se le carda y prepara. Verás a éste ir en rauda carrera a la caza de túnicas lascivas (transparentes) y remedar él mismo, con telas exóticas, los emplumados ropajes de pájaros multicolores; a aquel otro, dejar un vergonzoso reguero de efluvios afeminados con sus pinturas olorosas y polvos peregrinos (trad. de A. Ortega).

El uso de estos vestidos de seda era muy frecuente a finales de la Antigüedad. A. Grabar<sup>30</sup> concede mucha importancia al lujo de los tejidos. La mayoría de los conservados proceden de Egipto. Siria debía de ser un centro importante de tejidos de Oriente. La seda llegaría a través del mundo sasánida.

Melania la Joven, como puntualiza Geroncio, ofreció adornos y vasos de cristal a la emperatriz Serena, y anillos, objetos de plata y vestidos de seda a los eunucos y a los cubicularios. Llama la atención que Geroncio, entre los objetos de regalo, no mencione marfiles, que eran muy frecuentes<sup>31</sup>.

### Los sobornos en la elección de obispos

Como el cargo de obispo en el Bajo Imperio tenía muchas ventajas económicas y fiscales, la compra de obispados, sobornando a la plebe y al clero, que eran los que tenían voto, era frecuente. Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla, en el sínodo celebrado en Éfeso en el año 401, descubrió seis casos de simonía episcopal. Los obispos acusados aceptaron los sobornos sin rodeos. «Hemos pagado sobornos, lo reconocemos

<sup>27</sup> M. Sarmiento, «Sensacional hallazgo en Noheda, Cuenca, mosaico imperial», *La aventura de la historia* 104, 2001, pp. 51-59.

<sup>28</sup> M. A. Mezquíriz, *La villa romana de Arellano*, Pamplona, 2003, pp. 232-233.

<sup>29</sup> M. A. Mezquíriz, *op. cit.*, p. 229.

<sup>30</sup> A. Grabar, *op. cit.*, pp. 323-336.

<sup>31</sup> *Ibidem*, pp. 277-297.



—afirmaron— con el fin de que nos designaran obispos y nos eximieran de los gravámenes civiles». Reclamaron o que se les confirmara o que se les devolviera el dinero, si ello era posible. También afirman que: «algunos hemos entregado los muebles que pertenecían a nuestras esposas». Se les devolvió el dinero de los sobornos. Después de la expulsión de Juan Crisóstomo de Constantinopla, incluso los obispos, mientras duró el episodio, estuvieron con sus esposas. Los casos de soborno en la elección de obispos eran muy frecuentes, según se deduce de algunas frases de Basilio de Cesárea.

### Los sobornos de Teófilo, patriarca de Alejandría

El tío de Cirilo también utilizó los sobornos para alcanzar sus propósitos, como indica Paladio de Helenópolis (*Diálogo sobre la Vida de Juan Crisóstomo*), cuando Teófilo (385-412) acudió a la corte de Constantinopla con intención de deponer a Juan Crisóstomo (347-407), patriarca de la capital del Imperio. Debíó de comprar a todo el mundo, a juzgar por el resultado.

### Los sobornos de Cirilo, patriarca de Alejandría

Los sobornos del patriarca de Alejandría, Cirilo (370/380-444), es el caso conocido más descarado y cínico de sobornos. Llegó a sobornar, no sólo a la corte imperial de Constantinopla, sino hasta al mismo emperador. R. Teja, en su estudio del Concilio de Éfeso del 431, se vio obligado a referirse continuamente a estos sobornos<sup>32</sup>. Ya el tío de Cirilo, Teófilo, también patriarca de Alejandría, acudió al soborno para lograr sus deseos, según se ha indicado.

Se recogen, brevemente, los principales sobornos de Cirilo. El emperador Teodosio II (408-450)<sup>33</sup> era contrario al patriarca alejandrino, por lo que éste repartió grandes cantidades de dinero y oro en Constantinopla a través de sus agentes y de los monjes, capitaneados por Dalmacio.

En este aspecto es fundamental el fragmento de carta de Acacio de Berea a Alejandro de Hierápolis, que traduce R. Teja<sup>34</sup>:

Habiéndose llevado a cabo la discusión de las dos ante el piísimo y amadísimo de Dios nuestro emperador, mientras el piísimo emperador estaba en todo de acuerdo con los orientales y así lo manifestaba, el mucho dinero que entregó Cirilo echó abajo la verdad por nuestros pecados. Pues, cuando murió el eunuco Escolástico, el piadosísimo emperador, al investigar sus cosas, encontró un cofre que contenía la infinita cantidad de oro que había dejado, pues había recibido muchas libras de oro de Cirilo. Este oro entregado por un cierto Pablo, hijo del hermano de Cirilo alejandrino, que era allí *comes consistorianorum*, además de otros muchos regalos de diversos tipos que fueron ofrecidos a diversas personas.

Acacio describe sin tapujos la manera de actuar de Cirilo, que consiste en comprar con grandes cantidades de libras de oro a las personas más influyentes de la corte de Constantinopla, para que influyeran en el emperador. En este caso, compró al eunuco Escolástico. Acacio sabía, pues debía de ser pública en todo Oriente, la desvergüenza de Cirilo en sobornar con grandes cantidades de oro a todo el mundo con poder y que el

<sup>32</sup> La «tragedia» de Éfeso (431): *Herejía y poder en la Antigüedad Tardía*, Santander, 1995; *idem*, «Se transformaron en otras personas: la captación de votos y voluntades por Cirilo de Alejandría en el Concilio de Éfeso (431)», en R. Soraci (ed), *op. cit.*, pp. 353-366. Sobre el problema de Carcilio y de Nestorio, véase Ch. Fraisse-Coué, «Le dibattito ideológico nell'età di Teodosio II: Nestorio», en Ch. y L. Petri (eds.), *op. cit.*, pp. 468-518.

<sup>33</sup> R. Teja, *La «tragedia» de Éfeso (431)...*, p. 119.

<sup>34</sup> R. Teja, *La «tragedia» de Éfeso (431)...*, pp. 120-121.

oro lo recibió Escolástico a través de Pablo, hijo del hermano de Cirilo, que era *comes consistorianorum* y desempeñaba un alto cargo en la corte de Teodosio II. Pero Cirilo también hizo otros regalos a diferentes personas. Cuando se trataba de sobornar, no se mostraba tacaño. El partido de los orientales favorables a Nestorio estaba perfectamente informado de los sobornos de Cirilo. Ante la imposibilidad de impedirlo, los partidarios de Nestorio se retiraron dando la causa por perdida. Cirilo compraba a todo el mundo regalando grandes cantidades de oro, como lo afirma también, tajantemente, Teodoreto de Ciro, defensor de Nestorio, en carta a Alejandro de Hiérapolis: «aquí no hay nada nuevo que esperar, porque todos han sido convencidos por el oro de que sólo hay una naturaleza de la deidad y de la humanidad».

Teodosio II ordenó volver a sus ciudades a todos los obispos orientales que permanecían aún en Éfeso, excepción hecha de Cirilo y Memmón, que habían sido depuestos y que debían permanecer bajo arresto. Cirilo, mediante sobornos, huyó y marchó a Alejandría, donde fue recibido triunfalmente<sup>35</sup>. Los regalos se hicieron, en este caso, al conde Juan, que a la sazón era *comes sacrarum largitionum* y había sido enviado por Teodosio II a Éfeso en 431, con el fin de hacer las paces entre ambos grupos enfrentados. A Juan lo sobornó con oro. Nestorio describe la actuación de Juan, que se doblegó porque estaba ya cubierto de oro, es decir, que había sido sobornado antes. La marcha de Cirilo a Alejandría fue preparada y comprada mediante regalos, según escribe el propio Nestorio en el *Libro de Heráclidas* (247-248), en el que da su versión de los hechos sin tapujos y descaradamente. Cirilo había prometido a Teodosio II por medio del *comes* Juan 2.000 libras de oro, que no envió. Con esta fabulosa cantidad de oro se sobornaba al emperador. El concilio terminó de mala manera, sin ratificar el Concilio de Nicea del 325. Fue un auténtico fracaso para Nestorio y para los obispos orientales. Cirilo consiguió lo que pretendía: deponer a Nestorio como patriarca de Constantinopla. Confirmó lo que en 382 Gregorio Nacianceno, patriarca de Constantinopla en tiempos de Teodosio I (379-395), escribió a Procopio, que no ha visto que ningún concilio tenga éxito ni que remedie los males, al contrario, que los aumenta.

La situación después del concilio no fue todo lo favorable a Cirilo como esperaba. En la corte de Constantinopla, algunos altos funcionarios atacaron a Cirilo. La emperatriz Pulqueria, que fue su valedora, se volvió remisa en sus sentimientos hacia Cirilo. Pero el débil Teodosio II ante esta situación de la corte, podía cambiar. Cirilo acudió una vez más a los sobornos<sup>36</sup>. R. Teja<sup>37</sup> ofrece, traducida por él mismo, algunas otras fuentes referentes a los sobornos descarados, públicos y frecuentes de Cirilo.

Nestorio, en el *Libro de Heráclidas* (305-307), al describir el viaje del emperador y de Cirilo a Constantinopla desde Éfeso, lugar al que había acudido el emperador a encontrarse con Cirilo para dar gracias a Dios por la Basílica de San Juan Evangelista y por haber solucionado el problema planteado en el Concilio de Éfeso, escribe:

Cirilo y el emperador: Él (Cirilo) llenó las naves de todo tipo de vestidos preciosos y de regalos para el emperador, para su familia imperial y para los cortesanos, según su rango y su dignidad, en la medida que ello era necesario. Llegó a Éfeso, entregó sus presentes, fue honrado y provocó la admiración de todos: por los honores que recibió, estaba en boca de todos. Recibió todos los honores, hasta el punto de sentarse con el emperador en el primer trono, quiero decir (sobre el trono) del emperador, mientras éste se sentaba en el segundo, y esto tenía lugar en el palacio, en la carroza y en público, con el fin de

<sup>35</sup> R. Teja, *La «tragedia» de Éfeso (431)...*, pp. 122-123.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 129.

<sup>37</sup> *Ibidem*, pp. 158-159.

que el trono del emperador fuese santificado con su presencia. Por el mismo motivo, le introdujo en Constantinopla, con el fin de que las hermanas del emperador, la familia imperial y la ciudad fuesen santificadas con su presencia. Cuando también allí hubo saciado la avidez de todos los hombres mediante regalos y ya no le quedaba nada, entonces (el emperador) ordenó reclamarle el oro que él debía por escrito, es decir, dos mil libras. Él no podía negarlo, pues si lo negaba sería refutado y perdería su fama. Cuando se dio cuenta de ello y comprobó que el infortunio que le amenazaba era un gran mal, dio una fianza por ésta (deuda), se embarcó en medio de las tempestades y entre un gran tumulto y huyó para no caer en otros males por culpa de los acusadores que le acusaban.

Este texto es fundamental por varias noticias que recoge Nestorio. Cirilo, a fuerza de sobornos en la corte, había logrado que Teodosio II, de favorable a Nestorio, apoyara la causa de Cirilo. Cirilo y Teodosio II hicieron un viaje juntos de vuelta de Éfeso, después del Concilio. Cirilo había llegado a Éfeso cargado de regalos, consistentes en vestidos preciosos, como había regalado Melania la Joven a la emperatriz Serena, y de otros regalos para el emperador y para la familia imperial. La primera sería la emperatriz Pulquería y para todos los cortesanos. Los regalos se hacían según el rango y dignidad de las personas que los recibían, y según su influencia. En Éfeso entregó los presentes. Cirilo fue muy honrado por ello en público, recibiendo los honores más grandes que podía recibir. Esto sucedió en Éfeso. En Constantinopla sobornó a todo el mundo. Teodosio II le reclamó las 2.000 libras de oro que le había prometido; como no pudiera entregar la cantidad, dio la fianza y huyó de los acusadores.

El soborno de la corte de Constantinopla mediante regalos era continuo. Se confirma esta política por una carta del 432 escrita por la Iglesia de Alejandría, en un ambiente de mutuas relaciones entre las iglesias de Alejandría, de Antioquía y de Constantinopla, con el fin de liquidar el cisma ocasionado por Nestorio. Epifanio<sup>38</sup>, archidiacono de Cirilo, escribió una carta al sucesor de Nestorio en Constantinopla, Maximiano, quejándose de la tibieza con que él y otros partidarios suyos apoyaban su causa.

Epifanio menciona las gestiones emprendidas por Cirilo en Constantinopla y alude a los regalos. Puntualiza que estos regalos tenían por destinatarios, principalmente, las personas de más influjo en Teodosio II y en la emperatriz Pulquería, es decir los *praepositi sacri cubiculi* de Teodosio II y las *cubiculae* de Pulquería. Los regalos los recibían también las camareras de la emperatriz. En la carta queda al descubierto la rapacidad de los cortesanos, que no se daban por satisfechos y no defendían la causa de Cirilo, tal como él deseaba.

El principal opositor en la corte era el *praepositus* Chrysenos, al que ya se había sobornado mediante regalos. Epifanio exhorta a Maximiano a que anime a Pulquería y a los archimandritas a que presionen a Teodosio II para que condene definitivamente a Nestorio. Maximiano debía, igualmente con los bienes de la Iglesia de Constantinopla, satisfacer la avaricia de los que recibían los regalos en bien de la Iglesia de Alejandría, que era inmensamente rica. En la carta se afirma claramente que los regalos los costeaba la Iglesia de Alejandría y que, incluso para hacerlos, había tenido que pedir préstamos. Los regalos se hacían principalmente en libras de oro. Epifanio, al final de la carta, enumera los regalos ofrecidos a los cortesanos, sin duda para que al patriarca de Constantinopla se los recuerde y no sean remisos a defender la causa de Cirilo. La carta es un ejemplo magnífico de la política eclesiástica del momento y de la venalidad de los altos funcionarios de la corte de Teodosio II. Los regalos ascendían a 1.380 libras de oro; 100 moneda de oro; 24 alfombras de diferentes tamaños; 25 alfombras de lana; 24 velos o

---

<sup>38</sup> *Ibidem*, pp. 160-163.

cortinas; 18 cortinas; 14 tapices de diferentes tamaños; 22 cojines; 4 taburetes y otros 28 taburetes y 8 taburetes de marfil. Se mencionan también cátedras de marfil, o mejor, recubiertas de marfil, como la famosa del obispo Maximiano de Ravena; 30 velos de cátedras, que serían de seda; 22 cortinas para las puertas; 22 manteles de mesa; 6 mesas grandes; 16 posibles plumas de avestruz y 10 productos persas, que podían ser alfombras o páteras.

Los regalos que hizo Melania la Joven a la emperatriz Serena y a la corte de Honorio, a pesar de poseer el capital más fuerte del Imperio, son de pobre tono. En la Tarda Antigüedad los regalos de gran precio eran frecuentes entre las altas capas de la sociedad.

Cirilo hizo grandes regalos a los monjes para atraerlos a su causa. Nestorio, en el *Libro de Heráclidas* (247, 255), lo afirma tajantemente: «en cuanto a aquellos que les proveían de bienes, de alimentos y de riquezas, con la ayuda todo aquello que ellos donaban, éstos les excitaban y les exigían que se ocupasen constantemente de estas cosas», y más adelante:

[...] por el hábito de monjes, ellos parecían actuar por celo. Recibían con sus hábitos [monásticos] los manjares y la alimentación en los monasterios, éstos les eran dados como una recompensa por sus favores [y su caridad]; ellos engordaban sus cuerpos en vez de [servirse de] la continencia. Con la ayuda de esto que tú habías enviado y que tu habías sacado de los graneros y de los almacenes de vino, de aceite, de legumbres y de vestidos de todo tipo, tú habías llenado los monasterios que habían sido elegidos para ello y otros lugares, de forma que, incluso los santos lugares de plegaria estaban rebosantes, y las salidas y entradas de todos los lugares que podían acogerlo estaban llenas. Estas cosas tenían lugar delante de todo el mundo y tú las pagabas con lo que se denomina «bendiciones». Estas eran concedidas en forma de pago por este motivo.

Realmente, lo que sucedía en tiempos de los Concilios de Éfeso y de Calcedonia (451) fue una feroz lucha por el poder entre las Iglesias de Alejandría y de Constantinopla, como muy bien afirmó Gregorio Nacianceno en el texto mencionado. Se luchaba en los Concilios por el poder. Por ambiciones desmesuradas, Teófilo de Alejandría y su sobrino Cirilo, lucharon duramente para que Juan Crisóstomo y Nestorio fueran depuestos de las sedes de la capital del Imperio bizantino, y lo consiguieron sobornando a los emperadores y a la corte. Con sobornos se compraba a los emperadores, que constituían la más elevada autoridad dentro de la Iglesia, cuya decisión era definitiva. No había otra, además del Concilio.

Las luchas cristianas entre amañados y ortodoxos durante el siglo IV descritas magistralmente por los historiadores Sócrates<sup>39</sup>, Sozomeno<sup>40</sup> y Teodoreto de Ciro<sup>41</sup>, y las que siguieron entre los monjes sirios después del Concilio de Calcedonia<sup>42</sup>, se explican

<sup>39</sup> P. Périchon y P. Maraval, *Socrate de Constantinople. Histoire Ecclésiastique* I, París, 2004; *idem, op. cit.* II-III, París, 2005; *idem, op. cit.*, IV-V, París, 2006; *idem, op. cit.*, VI, París, 2007.

<sup>40</sup> B. Grillet. G. Sabbah y A-J. Festugiere, *Sozoméne. Histoire Ecclésiastique* I-II, París, 1982; *idem, op. cit.* III-IV, París, 1996; *idem, op. cit.*, V-VI, París, 2005.

<sup>41</sup> A. Gallico, *Storia Ecclesiastica*, Roma, 2000.

<sup>42</sup> J. M.<sup>a</sup> Blázquez, «La violencia religiosa originada por las decisiones del Concilio de Calcedonia (451) en los monjes del Oriente», en G. Bravo y R. González Salinero (eds.), *Formas y usos de la violencia en el mundo romano*, Madrid, 2007, pp. 291-303. Las luchas entre los monjes por motivos de dogma eran durísimas, véase: J. M.<sup>a</sup> Blázquez, «Orígenes y el monacato», *Bandue*, 1, 2007, pp. 19-39; *idem*, «Tolerancia e intolerancia religiosa en las cartas de Jerónimo», *Antigüedad* Cristianismo, 23, 2006, pp. 467-473; *idem*, «La violencia religiosa cristiana en la Tarda Antigüedad en los escritores laicos Sócrates y Sozomeno. De Joviano a Teodosio I» (en prensa); *idem*, «La violencia religiosa cristiana en los escritores cristianos Sócrates y Sozomeno: desde Constantino a Juliano» (en prensa); *idem*, «La crisis

fácilmente en la Iglesia al tener sólo el emperador el poder supremo de decisión en las controversias y el Concilio, al que se obedecía si era favorable a la doctrina del grupo. Ambos grupos acudían continuamente al emperador. El obispo de Roma sólo tenía un poder honorífico, pero no de jurisdicción. El concilio ecuménico universal de Constantinopla I sólo asignó un poder de honor al obispo de Roma, seguido por el patriarca de Constantinopla. El Concilio ordenó a todos los obispos no inmiscuirse en los problemas de otras diócesis. El de Calcedonia colocó en la misma categoría al obispo de Roma que al de Bizancio. Roma disfrutaba de este honor por haber sido la antigua capital del Imperio y no por ser sucesor de Pedro, es decir, que el primado de honor depende de su *status* civil (c. 17), y el de Constantinopla por ser la actual capital del Imperio (canon 28), lo que Roma nunca aceptó. El comité ejecutivo imperial que presidía el Concilio de Constantinopla rechazó de plano la pretensión de los tres legados pontificios de ocupar la presidencia. Nadie en el Concilio de Calcedonia, donde participaron 600 obispos, concedía ninguna posición de preeminencia al obispo de Roma, a pesar de que el obispo León (440-461) se declaró el primer *pontifex maximus* y sucesor de Pedro, apoyado en un falso manifiesto, una carta del Papa Clemente enviada a Jerusalén a Santiago, el hermano del Señor. En la carta, un falso descarado de siglo IV, Pedro nombraba su único y legítimo sucesor a Clemente.

Agustín (354-430), el mayor teólogo y más influyente de todo Occidente, no menciona ni una sola vez el papado. Para él todos los obispos son iguales y por encima de ellos sólo está el Concilio. El sínodo de Elvira, a comienzos del siglo IV, en su canon LII, ordena que ningún obispo tiene jurisdicción fuera de su ciudad. Por este motivo no recibieron Dámaso ni Ambrosio de Milán a Prisciliano, que era un obispo en malas relaciones con su metropolitano de *Augusta Emerita*. Cipriano (200-258), en su controversia con Esteban, obispo de Roma, sobre la validez del bautismo de los herejes, como presidente del Concilio africano celebrado en septiembre del 256, expresa su opinión en las siguientes frases: «Nadie entre nosotros se proclame a sí mismo el obispo de los obispos, ni obligue a sus colegas por tiranía o terror a una obediencia forzada, considerando que todo obispo, por su libertad y poder, tiene el derecho de pensar como quiera, y no puede ser juzgado por otro».

Cipriano (*De unit.*, 4) tampoco creía que Pedro hubiera recibido algún poder sobre los restantes apóstoles, ni lo reclamó (*Ep.*, 71,3). La cátedra de Pedro es sólo la Iglesia principal y el origen de la unidad de la Iglesia.

Tertuliano (155-222), maestro de Cipriano (*De pud.* 21) afirma que el poder de atar y desatar concedido a Pedro por Jesús (*Mt* 16, 18-19) se concedió exclusivamente a Pedro, que no tuvo sucesor ninguno, y no a toda la Iglesia en comunión con Pedro. A Agripino, un obispo de Cartago, predecesor de Cipriano y que se consideró sucesor de Pedro, le respondió Tertuliano que Pedro no tuvo sucesor alguno, que las palabras de Cristo a Pedro concediéndole el poder de atar y desatar sólo eran aplicables a Pedro y no a ningún otro obispo, y que Pedro sólo fue roca para los que le trataron en vida. Estas afirmaciones tienen un valor grande por provenir de uno de los mayores escritores de la Iglesia, teólogo de primera fila, que se adelantó 200 años a las decisiones de Calcedonia.

---

del Bajo Imperio en Occidente en la obra de Salviano de Marsella. Problemas económicos y sociales», en *Aportaciones al estudio de la España Romana en el Bajo Imperio*, Madrid, 1990, pp. 205-247; M. G. Guillén, «Hombres de fe, hombres políticos. El Concilio de Éfeso (431) y sus participantes», *Antigüedad y Cristianismo*, 18, 2001 (trabajo fundamental sobre el Concilio). Salviano de Marsella, que a mitad del siglo V, en su *De gubernatione Dei*, describe la crisis del Bajo Imperio, afirma que los ricos, en los tribunales, sobornan a los jueces y no hay justicia.

Sin embargo, los obispos de Roma inmediatamente anteriores al Concilio de Éfeso hicieron todo lo posible por extender su control sobre la Iglesia. Dámaso (366-384) fue el primero que interpretó la frase dicha por Jesús a Pedro sobre la roca en sentido jurídico, y sólo se refirió a Roma como la única sede apostólica. Para esas fechas ya se habían proclamado apostólicas las principales iglesias.

Siricio (384-399) declara apostólicos sus propios estatutos. Inocencio (401-417) es el primer obispo de Roma que reclama que todo asunto tratado en los sínodos, se presente al obispo de Roma para el fallo definitivo. Bonifacio (418-422) prohibió la apelación a otras instancias, sosteniendo que sus sentencias tenían carácter vinculante permanente.

Todo esto fueron sólo deseos de los obispos de Roma. Nadie les hizo caso. Durante el primer milenio, todos los Concilios ecuménicos fueron convocados y presididos por el emperador, y los Concilios de Toledo por los reyes godos, y únicamente tenían fuerza de ley después de firmar el monarca. Hay que esperar hasta Gregorio VII (1073-1085), que se proclamó a sí mismo señor absoluto de la Iglesia sobre los obispos, clero, fieles, iglesias y Concilios, y señor supremo del mundo, con poder sobre los emperadores y príncipes. Todas estas afirmaciones suponían un choque frontal contra todos los criterios de la Iglesia durante un milenio. Es un acto de soberbia y de ansia de poder absoluto sin precedentes. Nadie se atrevió a afirmar nada de esto. Tan sólo en la *Donación de Constantino*, un falso escandaloso del siglo VIII, el emperador Constantino I concedió al obispo de Roma su palacio y el primado sobre las iglesias de Alejandría, Jerusalén, Antioquía y Constantinopla y sobre las demás iglesias. En el siglo XV, Lorenzo Valla descubrió la falsificación burda de este documento. Una carta, posiblemente apócrifa, atribuida a Teodoreto de Ciro, dirigida a Juan de Antioquía y leída como auténtica en el V Concilio ecuménico celebrado en 553, es auténticamente demoledora sobre la personalidad de Cirilo, que fue el padre del monofisismo. A él apelan como autoridad máxima los monofisitas.

La historiografía moderna no juzga heréticas las teorías de Nestorio. Los nestorianos fueron grandes misioneros. En el siglo VI tenían abiertas iglesias en Pekín y eran consejeros de los abásidas.